

Caído del tiempo, un nombre del desarraigo

Mayra de Hanze

Analista Miembro de la Asociación Mundial
de Psicoanálisis y la Nueva Escuela Lacaniana

La invención de la sujeción corporal es un gran registro a estudiar, sobre todo si partimos de la propuesta de que la invención se hace a partir de materiales existentes.

Hay, seguramente, una zona semántica común entre invención y creación. La invención se opone más fácilmente al descubrimiento. Se descubre lo que ya está ahí, se inventa lo que no está. Es por ahí que la invención es pariente de la creación. Pero el acento del término «invención» es, en este caso, una creación a partir de materiales existentes.¹

Es a propósito de un imperceptible tropiezo en la juntura más íntima del sentimiento de la vida, que recae en la falla imaginaria de la sujeción corporal, que leemos, de modo reiterativo, en el texto que Gallimard realiza del «hombre sin biografía», como se define a sí mismo Emilio Cioran.

Sabemos que nace en Rumanía en 1911 y muere en París en 1995. Sus años de infancia, aunque transcurren felices, están marcados ya por la melancolía. Dirá en una carta de 1967 al hermano Aurel: «Soy un unzufrieden, depresivo, descontento, pero siempre lo he sido, y este es un mal del que siempre hemos padecido en nuestra familia, atormentada, ansiosa».

A finales de los años treinta viaja a la capital francesa gracias a una beca, para terminar instalándose definitivamente en París y adoptar el francés como lengua de escritura.

Pesimista, iconoclasta y nihilista, Cioran llevó una existencia austera y dedicada a la creación de una obra peculiar e irrepetible.

¹ Jacques-Alain Miller, «La invención psicótica», *Virtualia, Revista digital de la EOL*, (17) (2007): 2-12.

Tras su muerte, a modo de homenaje, su editor de siempre, Gallimard, publicó las conversaciones del gran pensador rumano con importantes interlocutores: François Bondy, Fernando Savater, Herga Perz, Jean-François Duval, Léo Gillet, Luis Jorge Jalfen, Verena von del Heyden-Rynsch, J.L. Almira, Lea Vergine, Gerd Bergfleth, Esther Seligson, Fritz J. Raddatz, François Fejtő, Benjamin Ivry, Sylvie Jaudeau, Gabriel Liiceanu, Bernard-Henri Lévy, Georg Carpat Focke, Branka Bogavac Le Comte y Michael Jakob.

A lo largo de las entrevistas podemos cernir sus infidencias iterativas:

(...) Mi pensamiento no se produce como un proceso, sino como un resultado, un residuo. Es lo que queda después de la fermentación, los desechos, el poso.

Realmente, toda mi formación intelectual no me ha servido de nada.²

(...) No soy pesimista, sino violento. Esto es lo que hace vivificante a mi negación. Mis libros no son depresivos ni deprimentes, de igual forma que un látigo no es deprimente. Los escribo con furor y pasión. Si mis libros pudiesen ser escritos en frío, eso sería peligroso. Pero no puedo escribir en frío, soy como un enfermo que se sobrepone febrilmente en cada caso a su enfermedad.³

(...) Creo que la filosofía no es posible más que como fragmento. En forma de explosión. Ya no es posible ponerse a elaborar capítulo tras capítulo, en forma de tratado. En este sentido Nietzsche fue sumamente liberador. Fue él quien sabotó el estilo de la filosofía académica, quien atentó contra la idea de sistema. Ha sido liberador porque tras él puede decirse cualquier cosa. Ahora todos somos fragmentistas, incluso cuando escribimos libros de apariencia coordinada. Va también con nuestro estilo de civilización.⁴

(...) Puedo decir que mi vida ha estado dominada por la experiencia del tedio. He conocido este sentimiento desde mi infancia. No se trata de ese aburrimiento que puede combatirse por medio de diversiones, con la conversación o con los

2 Emil Cioran, *Conversaciones* (Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 2010), 16.

3 Cioran, *Conversaciones*, 20.

4 Cioran, *Conversaciones*, 21.

placeres, sino de un hastío, por decirlo así, fundamental y que consiste en esto; más o menos súbitamente en casa o de visita o ante el paisaje más bello, todo se vacía de contenido y de sentido. El vacío está en uno y fuera de uno. Todo el Universo queda aquejado de nulidad. Ya nada resulta interesante, nada merece que se apegue uno a ello. El hastío es un vértigo, pero un vértigo tranquilo, monótono; es la revelación de la insignificancia universal, es la certidumbre elevada hasta el estupor o hasta la suprema clarividencia de que no se puede, de que no se debe hacer nada en este mundo ni en el otro, que no existe ningún mundo que pueda convenirnos y satisfacernos.⁵

(...) A causa de esta experiencia —no constante, sino recurrente, pues el hastío viene por acceso, pero dura mucho más que una fiebre— no he podido hacer nada serio en la vida. A decir verdad, he vivido intensamente, pero sin poder integrarme a la existencia. Mi marginalidad no es accidental, sino esencial. Desde siempre, mi sueño ha sido ser inútil e inutilizable. Pues bien, gracias al hastío he realizado ese sueño. Se impone una precisión: la experiencia que acabo de describir no es necesariamente deprimente, pues a veces se ve seguida de una exaltación que transforma el vacío en incendio, en un infierno deseable.⁶

(...) Tenía cinco años —es ridículo, pero en fin—, recuerdo la tarde, eran exactamente las tres, cuando tuve esa experiencia que formulé antes, sentí que el tiempo se desprendió de la existencia. Porque eso es el tedio. En la vida la existencia y el tiempo marchan juntos, forman una unidad orgánica. Avanzamos en el tiempo. En el tedio el tiempo se separa de la existencia y se nos vuelve exterior. Somos tiempo. En el tedio ya no estamos en el tiempo.

Es cierto que el vacío se parece exteriormente al tedio, pero el vacío en ese sentido no es del todo una experiencia europea. Es oriental, en el fondo. Es el vacío como algo positivo. Es la forma de curarse de todo. Se elimina toda propiedad del ser y, en lugar de tener una sensación de carencia y, por tanto de vacío, viene la sensación de plenitud por la ausencia; por tanto, el vacío como instrumento de salvación, como camino de salvación.⁷

5 Cioran, *Conversaciones*, 26.

6 Cioran, *Conversaciones*, 26.

7 Cioran, *Conversaciones*, 55.

(...) La nada estaba en mí, no necesitaba buscarla en otra parte. Ya de niño había tenido el presentimiento de ella mediante el tedio, factor de descubrimientos abismales. Podría citar con exactitud el momento en que tuve la sensación de vacío, la impresión de ser expulsado del tiempo. Nunca he cesado de experimentar ese vacío, ha llegado a ser para mí un encuentro casi cotidiano. Lo que es capital es la frecuencia de una experiencia, el regreso insistente de un vértigo.⁸

(...) Todo lo escrito me lo han dictado mis estados de ánimo, mis accesos de toda índole. Yo no parto de una idea, la idea viene después. Mis decantaciones, mis fórmulas son frutos de mis vigias.⁹

(...) El hombre siempre ha estado loco, pero con grados diferentes. Por eso es necesaria una desconfianza permanente para sobrevivir y evitar desgracias. Porque el hombre es un animal, ha nacido así. Está corrompido desde el nacimiento. Es un animal condenado y muy sutil al mismo tiempo. Es un vicio de nacimiento. La historia es la demostración de la inhumanidad del hombre. Algo impuro, despreciable. Creo que no tiene remedio. Podemos hacer constar el fenómeno, pero no hay nada que hacer. Ahora yo soy viejo y he vivido bastante para poder comprobar que el hombre es un animal incurablemente malo. Y no hay nada que hacer para remediarlo. Sólo hay épocas en que el animal, el hombre, se calma.

¡Mire los niños! ¡Lo malvados que son!¹⁰

(...) El fracaso es una lección extraordinaria, la experiencia de la vida es el fracaso. Un día delante de mi madre, me arrojé sobre un sofá y dije: "No puedo más". Mi madre me respondió: "Si lo hubiera sabido, habría abortado". Aquello me causó una impresión extraordinaria, pero en modo alguno negativa. En lugar de revelarme esbocé una sonrisa y fue como una liberación, pero me marcó para el resto de mi vida.

Sólo mi madre me comprendía y es curioso porque al principio la desprecia-

8 Cioran, *Conversaciones*, 114.

9 Cioran, *Conversaciones*, 115.

10 Cioran, *Conversaciones*, 212.

ba, pero un día me dijo: “Para mí lo único que existe es Bach”. A partir de ese momento, comprendí que yo me parecía a ella, se trata de revelaciones que marcan una vida.¹¹

El *sinthome* fue un término clave en la última clínica de Lacan, que inventó a propósito de Joyce para decir que no tenía ninguna relación con el inconsciente.

En la clínica del *sinthome* encontramos reparación en el punto mismo donde se produjo la falla, el desgarrón en el nudo de trébol, impidiendo que el registro imaginario se desprenda, permitiendo, asimismo, que se forme otro encadenamiento. Ahí donde lo real avanza sobre lo simbólico, desplazando a lo imaginario, el *sinthome* hace de agarradera para que lo imaginario no se eche a volar.

El ser y la existencia no son uno, sino dos. Esta bipartición es necesaria para pensar lo que queda después de un análisis y lo que encontramos es el *sinthome* como autosimilar, como fractal, es decir, como algo que permite divisar bajo qué forma y manera todo cuanto recorrimos repercute en esa misma estructura.¹²

El desorden en la juntura más íntima del ser, nos enseña a pensar el inconsciente, no desde el discurso del Otro, sino como un saber con una única iteración de S1, de un significante solo, de una identidad de sí consigo mismo que se mantiene y constituye el fundamento de la existencia.¹³

Lacan dice que a veces el inconsciente es real, la raíz del Otro es lo Uno.

Cioran, en las múltiples entrevistas y en diferentes momentos, ratifica su extrañeza, experiencia de desanudamiento, la llama el tedio, que resulta del desprendimiento del tiempo en relación a la existencia. Esto produce efectos en el cuerpo, algo queda por fuera, un cierto desorden en la juntura más íntima, se producen «las noches blancas», la errancia y el deambular nocturno acompañado de una prolongada etapa insomne que no alcanza una franca ruptura, sostenida en unos sutiles vínculos encumbrados.

Muy probablemente su escritura aforística hace de puntadas para el enjambre donde va quedando el Uno, que itera en esa extendida producción literaria.

11 Cioran, *Conversaciones*, 223.

12 Jacques-Alain Miller, «El ser y lo Uno. Clase IX», en *Curso de la Orientación Lacaniana*, (Inédito 2010).

13 Miller, «El ser y lo Uno...».

Bibliografía

Cioran, Emilio. *Conversaciones*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 2010.

Miller, Jacques-Alain. «La invención psicótica». *Virtualia: Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana* 16 (feb.-mar. 2007): 3-13. <http://www.revis-tavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/U8gOvp1w902gbnARjyG4yVACixh9vc-LLApj7yl9e.pdf>.

Miller, Jacques-Alain Miller. «El ser y lo Uno». Curso de la Orientación Lacaniana, clase IX, Inédito, 2010.